

Alfredo Mires Ortiz

PIEDRAS VIVAS, PUEBLOS VIVOS:

Cultura Andina y Arte Rupestre

En la comunidad de Pariamarca¹, los mayores me contaron que, hace ya mucho tiempo, el zorro andaba burlándose de una piedra que se hallaba en el camino de un cerro. Cada vez que pasaba la miraba con desprecio y le decía:

- Ya es hora que te boten de aquí porque mucho estorbas; como no puedes moverte, no sirves para nada.

Un día la piedra se cansó de soportar tanto insulto y desafió al zorro.

- Dices que soy inútil. Hagamos una prueba. Por ejemplo, corramos a ver quién puede avanzar más.

El zorro, muy seguro de ganar esa apuesta, aceptó. La piedra, que se encontraba al filo del cerro, le dijo:

- Correremos en esta bajada.

Como el zorro era medio vivo, muy entendido, muy preparado y muy inteligente, maliciando le dijo:

- Espera: vuá traer una sogá para asegurarme que corramos juntos, porque vos segurito que me quieres engañar, porque ni patas tienes. No sé cómo podrás levantarte y no quiero que me hagas correr en vano.

Con una punta de la sogá el zorro amarró a la piedra del centro y él se amarró con la otra punta del cuello.

- Correremos a la cuenta de tres...-, dijo el zorro – A la una, a las dos... – y antes de contar el tres, el zorro empezó a correr.

El zorro jaló la piedra, ésta salió disparada y en cada rebote que daba por la pendiente, le fue golpeando.

Cuando terminó la carrera, el zorro estaba todo destrozado. Y muerto.

Sin tener las patas ni la preparación del zorro, la piedra ganó el desafío.

Relatos como éste, donde la viveza criolla de personajes como el zorro se ven deshechas por la contundencia de los antiguos saberes, en los que la vida habita en

¹ En Cajamarca, sierra norte de Perú.

todo, pueden escucharse en los hogares campesinos de todos los andes, como parte de ese proceso de permanencia cultural que se transmite a través de la tradición oral.

Y esta constancia no es gratuita: para una cultura que ha sabido desde siempre criar y dejarse criar por la tierra, la necesidad de reconocer los palpitos de todo lo que existe implicó cultivar capacidades de percepción poco proclives de ser abiertamente aceptadas ahora por la oficialidad científica.

1. Piedra viviente

Es probable que el hecho de vivir en casas cada vez más parecidas a batiscafos enlosetados, ser educados dentro de cubículos, trabajar en una suerte de portaequipajes plastificados, frente a pantallas cuadradas, y habitar en ciudades con complejo de sepulcros, terminen por escamotearnos las capacidades de percibir el mundo básico y reproducir en los otros el acomodo de nuestras propias limitaciones.

Algún efecto sensorial debe tener la castración de luz, libertad y viento para ver las capacidades de las poblaciones primordiales como relictos del atraso, supersticiones agónicas o excentricidades destinadas a la sección de lo no reciclable.

Lo cierto es que aún hoy, por ejemplo, cualquier constructor de pirkas² en el campo sabe que una buena muralla no depende de la argamasa tanto como de si las piedras están contentas de dormir sobre su lado correcto y bien acompañadas. Porque toda piedra tiene siete vueltas, puede resultar caprichosa como cualquier cristiano y su gusto también cuenta. Y esto no está determinado por un mero conocimiento morfológico, sino por la inherente comprensión entre comunidades de humanos y comunidades de piedras.

Más complejo es aún si hablamos de las “piedras vivas”, quienes gozan de un estado de poder más allá de lo común.

Don José Félix Chávez, de la comunidad de La Collona, dice que aquellas piedras “tienen aire”, y que pueden ser buenas para curar, aunque también pueden matar. Don Marcial Huamán Lara, de Jadibamba, cuenta que las piedras vivas tienen afición por

² Murallas de piedra.

las semejanzas, de ahí que se parezcan a cualquier animal, planta o persona. Aquellas se llaman "Pujtina", dice don Marciano Amaya, de Anricsha, y en la comunidad de Chilimpampa, nos cuenta don José Isabel Ayay, se les llama "Llantu", o "yana llantu", la sombra.

"Un maestro encuentra un chunguito –dice don Apolinar Huamán Molocho–, se le da una limpiadita a una persona o a un niño, y esto quiere decir que está viva esa piedra, porque está prestando el ánimo, su poder, a otra persona".

Doña Antonia Ayay cuenta que a las piedras que tienen dueño "no es para verlo cualquiera o conversar. Me parece como si fuera un Dios. Así como mentamos a Dios y no lo vemos, no lo conocemos, así es con las piedras".

Don José Isabel Ayay menciona la similitud entre comunidad natural, comunidad humana y comunidad de huacas. "Es como con todas las personas –nos dice–, que somos niños, después llegamos a ser jóvenes, adultos, mayores. Y también hay niños que son muy inteligentes, que son importantes dentro de las comunidades, y hay piedras pues que son muy fuertes, que tienen su poder. Como los "quishpes", que son pequeñas, pero tienen mucho poder y eso lo utilizan nuestros maestros³ para prestar la vida, para prestar el ánimo a otra persona. O sea que no solamente una piedra grande tiene poder.

Hay algunas piedras que tienen su madre y en ellas que de repente hay imágenes. Esas señas o las pinturas quizá es porque nuestros antepasados han sido muy respetuosos y de repente han dejado sus muestras en las piedras grandes de aquellas montañas grandes; todo lo que ellos han tenido está ahí, dentro de las piedras: en eso se quiere decir que esas cosas están muy reservadas, que han sido muy considerados nuestros antepasados.

También hay unas piedras que tienen más poder dentro de un cerro, hay una piedra que ordena a las pequeñas, porque dentro de ese cerro es igualito que como nosotros, tenemos fuertes y débiles y esas piedras son también como una familia, una comunidad.

Y hay piedras que tienen sus pinturitas: a veces en ese sitio ya no hay que arrojarse por la tarde, porque ya hace ruido.

Nuestros mayores no dejaban a los niños que se acerquen así no más; primeramente hacían una crucita ahí en la piedra, porque decían que la piedra lo va a querer y no lo va a dejar dormir, y mucho va a llorar".

³ Curanderos, shamanes, "brujos".

“Sí –ratifica don José Félix–, las piedras también son un conjunto de familia, pero no están separadas de las otras familias. Por ejemplo, los quishuares⁴ tienen illa⁵: el corazón del quishuar es una piedra. También hay illas de las ocas, de las mashuas, de las ovejas, de todo. Es una reliquia, como se dice, la illa. O es el corazón de esa variedad o de esa humanidad o de esa naturaleza”.

Así se explica porqué una huaca es un núcleo de reverencia y porqué las huangas o piedras hincadas eran las patentes del antepasado tutelar del ayllu, los héroes de la agricultura, los fundadores del tiempo.

Pero una huaca o una huanga no tienen el poder por una graciosa concesión humana: ellas siempre se hallaron imbuidas del camaquen, la fuerza vital, criadora y recreadora, que tramonta los tiempos y los raciocinios. Por lo demás, la palabra huaca abarca no sólo el sitio en cuanto tal, sino todos los rasgos del paisaje y los misterios del mundo.

Esto implica anclajes espirituales con el medio, la connotación sagrada de la geografía. Y tal vez por eso es que en la lengua quechua la palabra *pacha* nomina a la tierra como la totalidad del mundo animado y, a la vez, al tiempo como un estado de la tierra. Tal vez por eso también es que la misma palabra, con casi imperceptibles diferencias de pronunciación, puede ser utilizada para vestir o adornar o para hablar del embarazo. Así, la mujer que lleva un niño en su vientre es *pach'ayuq*, la que tiene el mundo dentro: venimos del mundo, asomamos al mundo. Somos el mundo.

Tal vez viene al caso mencionar algo que el escritor cajamarquino Carlos Castaneda contaba en uno de sus libros. Decía que, en una ocasión, su maestro le pidió que prestara mucha atención a lo que le iba a decir: “Dijo que hacía miles de años, por medio

de su capacidad de *ver*, los brujos descubrieron que la tierra es un ser vivo y consciente, cuya conciencia puede afectar la conciencia de los seres humanos. Al buscar los medios adecuados para utilizar la influencia de la tierra sobre la conciencia humana, encontraron que ciertas cuevas eran bastante efectivas. Don Juan dijo que la búsqueda de cuevas se transformó, para esos brujos, en

⁴ Quíshuar o quishuar, árbol frondoso, de leños fuertes. *Beauleia incana* globosa.

⁵ El así. Amuleto, resplandor, protector, esencia.

una tarea que requería la totalidad de sus esfuerzos y que a través de ellos fueron capaces de descubrir una variedad de usos para los diferentes tipos de cuevas que encontraron”⁶.

Para nuestros pueblos, todo en la tierra podía ser sujeto de veneración, y la forma en que los reductos de mayor poder se manifestaban debía convertirse en verdaderos sistemas simbólicos. Esto no quiere decir que las deidades habitaban en toda la naturaleza, sino que en todo anidaba, de modo innato, el resuello del ánimo vital.

De esta manera, todo hábitat (pero algunos más que otros) puede ser culturalmente significativo y sujeto de funciones míticas y rituales. Una construcción, un templo, una recreación o un agregado de la mano del hombre en estos espacios, resulta un reflejo exaltado y exultante del medio en el que se encuentra.

En efecto, como diversos estudios lo han señalado, sólo desde una marcada percepción de la estructura cósmica y sus atributos, los visibles y los invisibles, es que pueden ser explicadas las características de los santuarios, los diseños de los templos, la orientación de los edificios y la ubicación de las ciudades, así como las fechas de las fiestas y las actividades agrícolas, reflejándose a la vez en los diseños del arte y los rituales.

Así, el arte rupestre podría haber sido hecho desde las piedras, para y con las piedras, pero no en o sobre las piedras como meras superposiciones espaciales.

En el caso de las plantas, como se sabe, las esencias características de cada cual proceden de su metabolismo. Tanto el perfume como el veneno están condicionados por la propia planta, pero también por el tipo de suelo, el tiempo o el medio geográfico en que se encuentre, de manera que una misma planta puede tener, a la vez, partes inocuas y otras altamente tóxicas. Esto sin contar el tiempo de crecimiento en que se encuentran, tal que al florecer mata y al secarse es un excelente alimento. Y para variar, depende de la hora del día: la fuerza de algunas plantas puede depender del grado de humedad en el ambiente, del calor o la luz del sol, así como de las estaciones del año y las características de cada año. Como dirían los entendidos, “las plantas varían su concentración de principios activos”.

⁶ Carlos Castaneda, en “El conocimiento silencioso”, p.135. Emecé Editores, Buenos Aires 1988.

Por eso es que todo médico del campo sabe cuándo y de qué modo recoger las plantitas para preparar sus remedios. Por eso es también que cuando se usan las plantas como en botica, sólo funcionan a medias (o no funcionan).

¿Cómo varía, en este sentido, la vida de las piedras? Nuestros abuelos tienen que haberlo sabido y los extirpadores de idolatrías, desde hace quinientos años, tienen que haber sospechado maliciosamente el enorme peso de su significado pues, de otro modo, no se explica el entusiasmo y ensañamiento puesto en la destrucción de las huacas.

La referencia escrita probablemente más antigua sobre el poder de las piedras y la presencia del arte rupestre en la sierra norte del Perú –con su consecuente destrucción–, data de 1551 y se halla en la relación de los primeros Agustinos: “En una jalca y despoblada tierra –dice un texto–, estaba una piedra como una mano, y estaba en una parte muy despoblada: a este ídolo llamaban Casquillca⁷, tenía una casa hecha de molle, que es un árbol de mucha virtud, y otra grande para las fiestas: había en estas casas muchas lanzas para guarda de la guaca: estaba esta piedra e ídolo muy enbixado⁸, que es un colorado que allá tienen muypreciado a manera de bermellón: a esta guaca concurrían siete y ocho pueblos a pedir agua. Hallamos aquí un hechicero corcobado que dijo que la guaca lo había puesto así: ésta destruimos y derribamos las casas y las quemamos y la piedra molimos y echamos como las demás donde nos pareciese.”⁹

En otra parte del mismo documento se refiere que (a una “india”) “aparecióle una piedra pequeña y ella tomó la y llevó la al gran hechicero...preguntó le a la piedra ¿quién eres? y la piedra respondió, o por mejor decir, el demonio en ella: “Yo soy Tantaguayanay, hijo de Catequil”; y el hechicero dijo “Si eres hijo de Catequil, llevemoste a tu padre”, y desde allí le comenzaron a honrar. Y así hallaron a otro y pintáronlo ambos...”¹⁰

⁷ Casquillca: quillca es dibujo, calco y por extensión letra, escritura. “Casa” parece ser un préstamo del castellano, con lo cual significaría “la mansión de los dibujos” o “la morada de la escritura”.

⁸ “Embijado” es teñido con achiote. “Bermellón” es el color rojo vivo o el cinabrio (mineral compuesto de azufre y mercurio) reducido a polvo.

⁹ “Relación de Idolatrías de Huamachuco por los Primeros Agustinos” (± 1551). Imprenta y Librería Sanmarti 1918, p.27.

¹⁰ Ibid. p.24-25.

2. Extirpaciones y resurrecciones

Allá por 1649, Hernando de Avendaño cuestiona en sus *Sermones* el proceder religioso de los comuneros: “Pues dime –cuestiona el extirpador–, ¿como as puesto tu esperança en una piedra, como si fuera Dios verdadero? ¿No es que esta piedra no tiene entendimiento para conocer lo que tu pides?...Si supiera hablar te dixera: Indio, loco estás, ciego estás... ¿No ves que soy piedra, que los pájaros y las zorras se ensucian en mi? Si soy piedra, como tú lo ves, ¿cómo puedo ser Dios?”¹¹

Y en la *Causa contra los indios idólatras del pueblo de San Francisco de Guantan*, provincia de Yauyos, en 1680, se refiere que “La huaca Cari conservó el poder de infligir daños a todos aquellos que la pisotearan o maltrataran...El cacique que había ordenado el traslado de su emplazamiento tradicional había, poco después, caído enfermo y fallecido; la aldea entendió su muerte como castigo por su atrevimiento al remover «la piedra que era Dios». El cura ordenó que la derribaran y orinaran públicamente sobre ella.”¹²

En el lugar de la huaca se colocó una cruz. Y los comuneros siguieron venerando el sitio. El ánimo de la piedra no sólo seguía vivo, sino que su poder había sido ratificado. De ese modo, un curandero muerto también podía seguir ejerciendo su poder desde el lugar donde estaba enterrado. Así se explica, tal vez, porqué después que Atahualpa fuera asesinado por los invasores, llegaron a Cajamarca comuneros procedentes de lugares incluso remotos, no sólo para llorar su muerte, sino para llevar, a sus lugares de origen, puñados de tierra del lugar donde había muerto.

Muchas *Causas* de idolatrías señalan que las ofrendas a las huacas se hacían cuando aparecían las Pléyades para proteger las cosechas de la helada y otras cuando se araban los campos para la siembra del maíz, a más de dos “sacrificios” anuales a las montañas como guardianas de las acequias y los manantiales, en octubre y en abril.

¹¹ “Sermones de los Misterios de Nuestra Santa Fe Católica en lengua Castellana y general del Inca”, 1649.

¹² Archivo Arzobispal de Lima, reseñado por Nicholas Griffiths, en “La cruz y la serpiente”, Fondo Editorial de la PUCP, p. 238. Lima, 1998.

Viene al caso recordar que la extirpación perseguía con francas ganas a los “brujos” que lanzaban hechizos «manipulando una tierra coloreada llamada anaipullo» y a las apachetas o apachillas¹³, que generaban una semejanza de la montaña en sus propias cimas o pasos. La cosmovisión, sin duda, era un campo de batalla en el que los andinos podían poner en jaque a los invasores.

La colonización de las almas debía pasar, entonces, por la desacralización o desencantamiento de toda la tierra, aunque eso significaba privar al mundo de su inmanencia sagrada. Y como los procedimientos tenían visos de genocidio, los pueblos clandestinizaron su adhesión a la religiosidad ancestral, mientras que públicamente se veían obligados a la observancia de los rituales impuestos.

Y aunque los estragos de la persecución fueron enormes, una cosa es que se haya afectado la confianza en el poder de las huacas y otra que se haya anulado la convicción de su existencia. Así, cuanto más destruían las evidencias físicas, más resucitaban los significados espirituales y la capacidad para el encanto.

Ocurre que si los símbolos están ligados a la naturaleza, tendrían que haber eliminado a la propia naturaleza. Destruir los “ídolos” en tanto residencias materiales del ánimo, no hacía más que tramontar su poder en el espacio, porque el razonamiento materialista pocas veces es compatible con las pasiones de la fe.

Si ahora, incluso, suele escucharse que los cerros son sitios malos y que allí se puede ver al diablo en vivo y en directo, fue precisamente a causa de pretender revestir la religiosidad ancestral con otro poder sobrenatural, que al final resultó siendo benéfico.

La tierra no pudo ser sometida. Poner cruces en los cerros más bien confirmaba su fuerza y su condición de irreductibles¹⁴. La fuerza de las montañas resultó ser indomable, invicta, casi invulnerable.

En efecto, casi invulnerable, porque las erosiones fueron y son profundas. Sobre todo si el propósito de extirpar el alma se fue trastocando en nuevos, sofisticados y

¹³ Piedras apiladas

¹⁴ Ver, pe. Griffiths, op.cit.

exquisitos métodos para invadir las conciencias, inocular el olvido, despersonalizar los pueblos y extinguir los fuegos que garantizaban al ánimo el estar despierto.

Lo menos que podemos hacer ahora, luego de tanta masacre y tanto pecho puesto en esta brega, es no sólo honrar con el respeto la herencia de los abuelos, sino sentar las bases que nos permitan un conocimiento real y soberano de la memoria, evitando así continuar con la monserga colonizadora con que suele escribirse la historia.

Quizá por esa convicción es que el maestro José María Arguedas decía: “No. Ya no temen a la muerte. ¡El Perú da miedo a veces!... ¡Estas montañas! Si se ponen en marcha, ¿quién podrá detenerlas? Sus cumbres llegan al cielo.”¹⁵

3. “Llévate ese cerro si puedes”

El riesgo es que el concepto y la actitud extirpadora no sólo continúe vigente en su esencia cosificante, sino que pueda ser traslucida en las más depuradas investigaciones contemporáneas sobre arte rupestre, sobre todo en lo que respecta a la consideración de las poblaciones, de su cultura y su entorno. Porque, como alguien decía, “No faltan quienes creen poder oír cuando la hierba crece, aunque sólo es la paja que cruje en sus cabezas”

Es frecuente hallar, en diversos libros, análisis inteligentísimos sobre los “empeños del hombre por dominar el medio ambiente”, o de cómo “los hombres se enfrentaron al la furia de la naturaleza”, hasta afirmaciones como que “el medio físico y la vida de plantas, animales y el hombre que actúa sobre tales elementos, forman el marco del proceso histórico de cada etnia”, afirmaciones bastante cercanas al encargo del dios bíblico en el Génesis: “Llenen la tierra y sométanla. Manden a los peces del mar, a las aves del cielo y a cuanto animal viva en la tierra” (Génesis 1, 28)

Una simple pero elemental renuncia a cualquier posición antropocéntrica, nos permitiría acercarnos a la comprensión del arte rupestre como una imagen acústica de

¹⁵ José María Arguedas, “Todas las Sangres”, p.444. Ed. Horizonte, Obras completas Tomo IV, Lima, 1983.

la geografía sagrada, y la superficie de la piedra no como un soporte muerto sino como la piel de otros sentidos.

La sola nominación de “arte rupestre”, como sabemos, tiene muchísimos bemoles, sobre todo porque separa al artista de su obra, pero es peor aún si se separa a la roca de su entorno, al sitio del paisaje y a éste de la cultura hermanaada con él. Por lo demás, las imágenes no son representaciones de las ideas sino la vida que encierran en sí mismas. Son, no es que pretendan ser.

Si la percepción sensorial de nuestros abuelos difería de la que hoy tenemos, si los significados del arte rupestre van más allá de lo visual y lo trascendente tramonta lo decible, los sitios con arte rupestre también son umbrales de una realidad que apenas sí alcanzamos a sospechar.

En estados de ritualidad, las piedras y sus entornos bien pueden haber sido espacios en los que la realidad ordinaria podía ser recreada, la piedra vista desde sus anversos, la tierra accedida desde sus afueras y el mundo pulseado desde sus honduras. El paisaje podía ser, en tal caso, una cámara de ecos para todos los sentidos y en el que podían develarse todos los significados, todas las magias y todos los secretos.

Las rocas entonces como convocadoras de la empatía, como superficies reveladoras. Así se explicaría porqué cuando a un comunero tallador de Huambocancha le pidieron que mostrara el libro de donde tomaba los modelos de sus obras, contestó extrañado que él no tenía modelos, que lo único que él hacía era retirar lo que sobraba, porque “la figura está dentro de la piedra”. La comunidad humana, pues, bien podría ser emisaria del ánimo de la tierra, traductora de sus adentros, escribiente de sus estados.

Quienes acceden con frecuencia a la topografía sagrada del arte rupestre, saben de las marcadas diferencias de percepción que existen cuando uno se acerca desde la derecha o izquierda del sitio, desde arriba o desde abajo, cuando se llega de noche o de día, en tiempo de lluvia o seco. Cada lugar es una síntesis compleja que nos comunica sentidos, pero que no cede a los propósitos de encasillamiento.

La potencia de estos lugares doblega las arrogantes extremidades de los prejuicios interpretativos y torna enclenques las pomposas afirmaciones definitivas de los

expertos. Demandan medida y afecto, incitan a la búsqueda y a las renunciaciones, soslayan las soberbias académicas y animan a la humildad de crecer hacia adentro.

Las fuentes que nos prodiga el arte rupestre bien pueden ser la horma del zapato para las corporaciones globales que nos mienten la historia y nos secuestran los recuerdos, que nos imponen cofradías a las que se les tiene que tomar la palabra si uno quiere demostrar que algo ha entendido.

Esto lo saben los comuneros desde hace siempre. Un 14 de octubre de 1648, el jesuita Francisco de Patiño envió una carta al arzobispo Pedro de Villagómez donde le narra cómo un “indio” le preguntó: «Padre, ¿qué te cansas en quitarnos los ídolos? ¡Llévate ese cerro si puedes, que ese es el Dios que adoro!».¹⁶

4. Los “camino con corazón”

Siempre he dicho que mirar a un cerro como si sólo fuera un montón de piedras, equivale a mirar a una persona como si sólo fuera un montón de huesos. Podemos afirmar también que ver a la piedra como mero soporte del arte rupestre, equivale a ver al cuerpo como simple prótesis del alma.

Es probable que la comprensión del arte rupestre nos exija, en este sentido, una suerte de Geofilia o sentimiento de pertenencia e imbricación, con la naturaleza en general y con espacios en particular, de manera que las pinturas o petroglifos dejan de ser un conjunto de imágenes superpuestas en la roca, para convertirse en estados de la cosmovisión emergidas del mundo de la piedra y de la tierra.

Así, habría una especie de omnipresencia espiritual, porque las imágenes anidarían en la piedra y en la montaña, en el río que les circunda, en los pueblos aledaños y en todo el paisaje con el que dialoga, recíproca, comulga y colectiviza.

El tiempo, desde estos lugares, sería una franja ondulante, un animal digiriendo, una constante sin linealidades arcaizantes. El arte rupestre correspondería en sí mismo a

¹⁶ Citado por N. Griffiths, *op.cit.* 331.

un tiempo y a un espacio sacro, y gozaría entonces de un estado y una posición también sagrados.

Si bien podríamos hablar de fuentes comunes y de una continuidad de las expresiones desde hace miles de años para todo el mundo, es necesario tomar en cuenta la existencia de varias tradiciones de arte rupestre y renunciar al manejo de una sola categoría para su comprensión.

Algunos preceptos referenciales, en este caso, deberían ser revisados en los procesos de desentrañar los significados. Si bien la mayoría de culturas primordiales manejan un concepto estratificado del universo, habría de ver si las más difundidas académicamente coinciden con aquellas que en las propias culturas se comprenden. Tal es el caso, en el mundo andino, de la difundida trilogía de *Hanan Pacha* (mundo de arriba), *Kay Pacha* (mundo de aquí) y *Uku Pacha* (mundo interior o submundo): todo maestro o chamán en las comunidades sabe que aquí falta el “cuarto mundo”, el *Sawa Pacha* (mundo de afuera) o *Huac Pacha* (mundo de allá).

Las piedras y sus especiales entornos, como ya lo hemos señalado, bien pueden haber sido límenes donde los mundos podían corresponderse, palpase e interpenetrarse. Y los antiguos maestros conocían las claves para su acceso. La iconografía del arte rupestre coincide demasiado, sin que esto constriña otras posibilidades, con las experiencias chamánicas del éxtasis, la iniciación o la inmersión en los mundos del más allá. O mejor aún, los mundos del más acá.

Las imágenes del arte rupestre no sólo serían entidades en sí mismas sino la síntesis de vigores suprahumanos, el númen de las generaciones primordiales, el súmmum de las memorias ancestrales.

Frente a semejantes rúbricas, no valen las conclusiones sesudas ni las sentencias definitivas. Quepan entonces núcleos articuladores de conceptos o andamiajes de principios básicos que nos permitan manejar los criterios con los que podríamos acercarnos a esta realidad deslumbrante y aleccionadora.

Esto significaría también optar por la transdisciplinariedad y, sobre todo, por el volver los ojos hacia la comunidad, la natural y la cultural. Y no la comunidad como un

presupuesto teórico o una formulación antropológica: estamos hablando de personas concretas y tierra, ríos, bosques, pájaros, memoria y profecías concretas. De una heredad y de una realidad palmaria que algunos ya quisieran extintas.

No se trata de defender una visión nostálgica del pasado. Nosotros estamos convencidos que la necesidad de construir las cumbres del futuro, pasa obligatoriamente por la recuperación de los cimientos del pasado y la conquista de las murallas del presente.

Para terminar, como empecé con un cuento, quisiera terminar con otro:

Don Lúcido era un vendedor de huevos. Vendiendo huevos se ganaba la vida. Un día entró un amigo suyo a su tienda y le dijo: "Adivina qué tengo en la mano".

Don Lúcido hizo un esfuerzo por adivinar, pero fue en vano. "Dame una pista", dijo a su amigo. "Te voy a dar más de una: parece un huevo, tiene el tamaño y la forma de un huevo, huele como un huevo y sabe como un huevo. Por dentro tiene clara blanca y yema amarilla. Tiene cascarón. Antes de cocinarlo es líquido y, una vez que lo cocinas, es espeso o duro. Además, ha sido puesto por una gallina...

"¡¡Ya sé, ya adiviné!!", dijo Don Lúcido: "Es una torta".

No basta estar en medio para reconocer lo que tenemos: no siempre las conclusiones coinciden con las pistas, como no hay que ser el sumo sacerdote para reconocer lo sagrado. Si no reconocemos lo evidente (por ejemplo, toda una montaña), si no reconocemos lo que tenemos, seremos incapaces de defender lo que nos da la vida, lo que realmente merece la vida.